

YO TAMBIÉN ESTUDIÉ EN *EL MARIANA*

María Jesús López Navarro

Son las cinco de la tarde de un quince de agosto. Nuestra protagonista está sentada en la concurrida plaza de Gendarmen Markt. Un turista despistado detiene su bicicleta de alquiler frente a ella e intenta chapurrear algo en alemán para preguntarle una dirección. Se percibe el acento español de ambos bajo los intentos por entablar una conversación en la lengua de Goethe. Al cabo de unos minutos ya se han reconocido hablantes de español y nacidos en la misma ciudad. “¡Ostras, yo también estudié en el Mariana!”, dice ella.

Cuando hace un par de días el actual director del IES Mariana Pineda, don Miguel González, me pidió que escribiese unas líneas con motivo del cuadragésimo aniversario del centro me sentí tremendamente ilusionada. Lo primero en lo que pensé fue en la cantidad de exalumnos que he conocido tras mi paso por este instituto. Es curioso que a la mayor parte de mis compañeros de promoción no los he vuelto a ver, pero me he encontrado en los lugares más remotos con personas que también se formaron en estas paredes. Una vez que reconoces este lazo invisible te das cuenta que existe un vínculo enormemente intenso, poderoso, que te hace miembro de una comunidad más grande. Es una forma de salir de ti y reconocerte en lo que el otro te refleja.

En esas charlas comprobé que mi experiencia y mi voz sobre el instituto Mariana Pineda no difieren mucho de los recuerdos que tienen otros compañeros. El hacer memoria es un ejercicio no exento de trampas; la memoria es un músculo selectivo que agranda, altera y corrompe la realidad y puede que mis vivencias estén teñidas también de las miradas de los demás. ¿Qué aporta entonces mi testimonio, de qué manera me marcó el paso por el instituto y cómo lo recuerdo?

He querido bucear en la primera imagen que tengo del instituto. Eran finales de los 80 y a la mesa nos sentaríamos, supongo, mis padres y mis dos hermanos mayores. Mariana Pineda no era entonces para mí la heroína lorquiana sino el nombre del “cole donde iban los mayores”. Yo veía entrar y salir a mis hermanos y sus amigos con esas carpetas forradas con los grupos de moda; se me antojaban personajes de *Sensación de*

vivir, hablaban de discotecas y novatadas, vestían como Madonna o Bunbury y algunos, incluso, fumaban. Para mí, que me estaba criando en el colegio contiguo, eso significaba ser mayor. Cuando me tocó llegar, como tantos otros, ya conocía al dedillo las leyendas que circulaban en torno a los profesores y al *Mariana*.

Yo viví mis años de instituto a finales de los 90 y eso supuso el tránsito a la LOGSE. Es verdad que aquellas primeras promociones de la ESO no notábamos mucha diferencia: teníamos los mismos profesores, salíamos con un carné en las horas de recreo, convivíamos con grupos de BUP, pero algo estaba cambiando. Recuerdo que ese 1998 aprendí a no perderme por los pasillos, a llegar la primera a la cafetería y a recortar kilómetros en el famoso test de Cooper.

El instituto se convirtió en nuestro pequeño mundo. Todo encajaba en ese universo que veía nuestro tránsito entre la niñez y la juventud conforme íbamos subiendo plantas y ocupando las clases superiores. Llegó un momento en el que incluso existía un grupo de COU extinto para aquellos alumnos que llevaban unos cuantos años repitiendo. Allí nos asomábamos con la esperanza de que los chicos mayores se fijaran en nosotras. Era un ambiente divertido y feliz en el que cumplíamos con el estudio sin abandonar la premisa latina “*prodesse et delectare*”.

Y los años pasaron, entre lecciones de historia, clases en laboratorios, obras de teatro, flores en el día de los enamorados, viajes de estudios... años intensos de vivencias que forjaron también un barrio en continua ebullición. Llegamos a 2º de bachillerato sin pestañear y, cuando quisimos darnos cuenta, el instituto estaba lleno de alumnos pequeños a los que ya no dejaban salir a la calle. Nosotros, en cambio, nos relacionábamos en un continuo diálogo con todo el personal del centro y asumimos “el ser mayores” sin mucho problema. Éramos *los chicos del Mariana* frente a los chicos que estudiaban en otros centros. Nuestras eran esas clases, los murales de las paredes, los pupitres donde guardábamos nuestras confidencias, las colchonetas del gimnasio y el murmullo de ese centro que se convirtió en el hogar. Era lo más importante que teníamos junto con los amigos que fuimos haciendo esos años. Amigos con los que nos reencontrábamos en las famosas fiestas del barrio previas al comienzo de cada curso escolar y con los que asistíamos a los primeros conciertos.

La amistad unida a esos amores de juventud es marca inequívoca de la adolescencia. Pero esta suerte de *philia* trascendía a los compañeros, iba más allá de los

que tenían la misma edad y nos unía con determinados profesores y personal del centro. De eso nos dimos cuenta en 2002 cuando de la mano del euro llegamos a la universidad. Es verdad que habíamos estudiado mucho, que nos habían preparado a conciencia, pero sobre todo nos habían inculcado la capacidad de pensar, mirábamos al futuro con optimismo porque nos habíamos bañado con entusiasmo en las páginas de Platón, Cervantes o Newton. Ese entusiasmo se nota aun en las clases que impartimos muchos de nosotros. Es reseñable que existe una gran comunidad de exalumnos que hemos abrazado la docencia y que, todavía hoy, recordamos las clases que nos impartieron a nosotros en *el Mariana* e incluso seguimos utilizando las fotocopias mecanografiadas por ellos.

Creo que todos los que hemos formado parte del IES Mariana Pineda llevamos a gala esa impronta. Es una suerte que se manifiesta en el amplio programa de actividades que con motivo de este aniversario se han puesto en marcha. Ello demuestra que nuestro centro ha sido y es un referente de la educación pública granadina y del compromiso de aquellos que han formado y forman parte de él. Un instituto que ha dinamizado la vida del Zaidín. Ha hecho de este barrio de Granada un ser vivo, complejo, variopinto y que se adapta a los tiempos. Un instituto al que llevamos en el corazón y que cada 26 de mayo florece en cualquier lugar que estemos.